

Señor Trenado, amigo mío: He visto
esta mañana en el Museo del Luvre
-lejos, por tanto, de su luz de origen
y su lugar de culto- un cuadro hermoso
cuanto terrible, en el que Andrea del Sarto
pinta todo el espanto de la muerte
que al mismo Dios, pues se hizo hombre, cupo.
Es una escena familiar. Las madres,
bellas de nombre y, si de rostro bellas,
distintas en edad, de estirpe iguales,
largamente vestidas, protegiendo
a sus hijos, los únicos, íngrimos
debo decir: Pues ni a Jesús ni a Juan
la soledad les dio sosiego: Apenas
si supieron hablar sabido hubieran
qué sufrimiento y cuánto deberían
soportar: sus desnudos lo proclaman:
deja el dolor los cuerpos sin abrigo.
Largamente vestidas las mujeres,
te dije, y recubiertas con un velo
de escarcha por frialdad de las entrañas
que no pueden salvar a quienes dieron
vida. Por eso llora el ángel. Lloro
porque nunca creyóse de esperanza,
de libertad, de amor, de plenitudes,
y se sabe instrumento de una burla
feroz: Señala el niño Juan el cielo,
cerca sus pies de un signo o un juguete
de oprobio: aquí la cruz. Y Jesús sabe
que no hubo dios que con piedad mirara
nunca a sus hijos, y que no lo habría.
Ay, la carne intangible de los niños
es materia de escarnio. Y no es consuelo,
lo sabes bien, pensar que son hermosos
y gráciles, y fáciles de risa,
envueltos en amor, luz, alegría;
porque de pronto sufren y no tiene
remedio su dolor. No hay esperanza.
Y acechándonos con miedo cada paso,
cada latido, cada voz y gesto,
por si fueran los últimos, los únicos
que dejaran su escarcha en nuestras almas,
veladas a la luz por menos luz.
Que la luz no te falte. Que tus cuadros,
tan llenos de verdad, verdad le digan
-salvando el tiempo- a quien los mire y goce.
Desde Melón, orillas de la Sena,
a catorce de abril de dosmilseis,
con un abrazo me despido. Vale